

Lo imaginario en la formación del yo

Gabriela Ángela Zadra

Lacan (1998/1953) habla de tres registros, según los cuales se estructura la realidad: lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real.

En primer lugar, debemos desprender estos términos de la concepción habitual que tenemos de ellos: ni lo Imaginario, ni lo Simbólico, ni lo Real son lo que comúnmente entendemos por estas palabras. Estos conceptos no los vamos a encontrar definidos de una sola vez y en un solo lugar, sino que Lacan los va a ir precisando a lo largo de toda su obra.

Lo Imaginario está estrechamente relacionado con el yo, lo que, en la teoría psicoanalítica, pertenece al orden del yo, lo que se nombra como funciones yoicas, incluso el yo ideal involucra a este registro. Por eso, partiremos de lo que dice Freud (1992/1923) acerca del yo: "El yo es, ante todo, un ser corpóreo, un residuo de las cargas de objeto abandonadas, y contiene la historia de tales elecciones de objeto". Agrega: "Aquello que llamamos yo se conduce en la vida pasivamente. En vez de vivir, somos vividos por poderes ignotos e invencibles" (p.2709/2711).

Por otra parte, en las Nuevas Lecciones Introdutorias al Psicoanálisis, (Freud, 1992/1932) dice: "Lo reprimido es para el yo un dominio extranjero exterior; el yo puede tomarse a sí mismo como objeto; allí, una parte del yo se enfrenta al resto; el yo es, pues, disociable; se disocia en ocasión de alguna de sus funciones, y los fragmentos pueden luego unirse de nuevo". Freud da la metáfora del cristal; dice que el yo es como un cristal que cuando se rompe no lo hace caprichosamente, "se rompe con arreglo a sus líneas de fractura en pedazos cuya delimitación, aunque invisible, estaba predeterminada por la estructura del cristal. Allí donde se nos muestra una grieta o fractura, puede existir normalmente una articulación" (p.3132/3133). Me interesa destacar esta analogía del yo con la fragmentación del cristal; luego, hablaremos de ella.

La última de las citas que mencionaré es del año 1938, extraída de un artículo que Freud escribió poco antes de morir y dejó inconcluso: "[...] en cuanto a la naturaleza sintetizadora del yo, estábamos claramente equivocados, la función sintetizadora del yo aunque sea de extraordinaria importancia, se halla sujeta a condiciones particulares y está expuesta a gran número de trastornos" (p.3376).

En estos textos, se pone en cuestión la idea de la supremacía de la función de síntesis del yo aclarando que esta puede ser bastante endeble y está sujeta a múltiples avatares.

Lacan (2002/1949) le da un lugar a estas ideas de Freud en su formulación del Estadio del Espejo, en un escrito bastante breve, pero muy complejo.

Allí, nos dice que, en la experiencia psicoanalítica, el yo se revela de un modo particular, observación de la que parte su teoría del Estadio del Espejo.

La experiencia psicoanalítica va en sentido contrario del que siguen las funciones del yo. ¿Por qué?, porque esta experiencia se opone, ante todo, al cogito cartesiano.

La famosa fórmula cartesiana, "Pienso, luego existo", es opuesta a lo que sucede en un análisis. El análisis -y en esto Lacan está siguiendo a Freud- no progresa basándose en el conocimiento consciente, sino en el desconocimiento, es decir, en aquello de lo que la conciencia nada sabe: los pensamientos inconscientes. El análisis va en contra de la certeza cartesiana, y lo primero que cuestiona es esa certeza. Más aun, lo que Lacan (2002/1949) hace es dar vuelta como un guante esta afirmación cartesiana. No dice: "Pienso, luego soy", sino "Soy donde pienso y pienso donde no soy". Esto da origen a otra razón. Las razones del inconsciente están regidas por otra lógica, no menos precisa que la consciente; incluso, mucho más implacable (Lacan, 2002/1960).

El lugar privilegiado del pensamiento para el psicoanálisis es lo inconsciente. Las formaciones del inconsciente, los lugares de emergencia de lo inconsciente, allí donde no pensamos pensar (conscientemente), allí es donde se funda nuestra subjetividad. El yo sería el lugar de máximo desconocimiento, de máxima enajenación. Pensemos en este término: enajenación. Lo podemos tomar tanto en el sentido de lo que es extraño, ajeno, este dominio extranjero interior del que habla Freud (1992/1932); y también lo podemos tomar en el sentido de locura, de alienación, de los enajenados, los locos. De este modo, podemos concebir al yo como una instancia de mayor exterioridad para el sujeto, y también de mayor locura.

¿Y en qué consiste? El Estadio del Espejo se ilustra con una experiencia común a todos los bebés.

En el período comprendido entre los 6 y los 18 meses, se observan en los bebés algunos rasgos y comportamientos que son característicos. Todavía no tienen dominio muscular ni el desarrollo neurológico suficiente como para poder valerse por sí mismos. Si bien el desarrollo visual ha ido mucho más allá que la evolución del resto del organismo, no alcanza aun la inteligencia de un chimpancé. Un cachorro de chimpancé de 6 meses tiene mayor inteligencia instrumental que un bebé de la misma edad, tiene mayor destreza, es mucho más independiente de su madre; mientras que el bebé se encuentra en un estado de indefensión y de absoluta dependencia del auxilio ajeno.

Sin embargo, el cachorro humano tiene una característica que le es propia y exclusiva: la capacidad de reaccionar de determinado modo frente a su imagen en el espejo. Esta reacción se manifiesta en una serie de momentos: primero, fija la

mirada en la imagen; luego, sucede algo que vamos a encontrar enunciado como "ajetreo lúdico". Consiste en una especie de movimientos incoordinados que parecen reflejar el placer del bebé mientras observa estos movimientos en la imagen del espejo. El tercer momento, que llamamos "climax", es el intento de lograr una imagen fotográfica, una imagen estática de sí mismo frente al espejo.

El chimpancé, en cambio, mira la imagen; primero, parece creer que es un congénere, pero rápidamente descubre el truco y se desinteresa del asunto. No encuentra ningún placer en ello.

Al chimpancé no lo seduce en absoluto esta imagen; en cambio, al bebé lo fascina. Ve en ella una perfección que él todavía no posee. ¿Qué cosa de la imagen es lo que atrae al bebé? ¿Qué es lo que lo hace sonreír y jugar? Lo atrae la imagen completa de sí que le devuelve el espejo. Esta compleción contradice sus caóticas sensaciones interoceptivas y propioceptivas, que son fragmentarias y fragmentadoras. La imagen, en cambio, tiene una función unificadora.

La mirada del bebé va a girar de la imagen de sí a la de aquel que lo sostiene y de allí nuevamente a su imagen. La función de quien lo sostiene anticipa ya el lugar del Otro.

Lo que ve frente a sí el bebé es la imagen de otro que es dueño de sus movimientos, que puede mover sus brazos, sus manos, hacer gestos como quiere, cuando él todavía no tiene ninguna clase de dominio.

Lo que está viendo frente a sí el bebé en la imagen del otro es la imagen anticipada de sí. Cuando él todavía no tiene el suficiente desarrollo para ser dueño de sus propios movimientos, ve esa perfección afuera; ve la imagen anticipada de sí en otro.

Esto es lo que le hace decir a Lacan que el Estadio de Espejo va de la insuficiencia a la anticipación, de aquello que todavía no posee para ser dueño de sí a lo que anticipadamente la imagen le muestra. Encuentra ese dominio fuera de sí, en otro.

Esta pequeña experiencia nos indica que la imagen tiene una función formadora para el yo. La imagen tiene la capacidad de formar al yo. Produce una fascinación en la que el yo queda capturado. Lo captura la imagen anticipada de sí que le presenta el espejo. Esta imagen es lo que Freud (1992/1914) llama yo ideal. Es el umbral del mundo visible. Esto es que, a partir de ese momento, va a ver el mundo que lo rodea y va a percibir la realidad a través de la interposición de esta imagen especular.

Él ve en el espejo a otro; se constituye a partir de la imagen de otro. El yo es otro.

Esta experiencia refleja las características de la capacidad formadora de la gestalt. La Teoría de la Gestalt formula, con sus leyes de la buena forma, de cierre y del isomorfismo, la capacidad innata en el sujeto que hace que aquella imagen que

se le presenta inacabada, incompleta, tiende a completarla, según su experiencia, de alguna manera. Estas leyes, esta capacidad de formar gestalt posibilita que se dé el narcisismo y el Estadio del Espejo. La capacidad gestáltica es propia del registro de lo imaginario. Sin embargo, no es privativa del ser humano, sino que se manifiesta en las más variadas especies animales, aun en aquellos que ocupan el lugar más inferior en la escala zoológica, como son los insectos.

Se habla en ese caso de identificación heteromórfica e identificación homeomórfica.

Caillois (1939) trabajó lo que él llama la seducción del espacio, esa especie de fascinación producida por el espacio en los animales que los lleva a asimilarse al medio que los rodea. Este autor cuestiona el mimetismo como instinto de conservación. Afirma que la capacidad de camuflaje de los animales no tiene la finalidad de autoconservación; es más, hay muchos animales a los que esta capacidad mimética los lleva a la muerte. Por ejemplo, hay una especie de insectos que toma el verde de las hojas en que se apoyan, confundiéndose con ellas. Esta capacidad ha sido interpretada como instinto de conservación que protege al insecto de las especies insectívoras; sin embargo, terminan siendo devorados por los animales herbívoros. Por lo tanto, la capacidad mimética del animal no tiene la función de autoconservación, sino que el espacio produce una cierta seducción a la cual es imposible sustraerse, aunque ello acarree la muerte. Es la identificación heteromórfica.

Como ilustración de la función gestáltica en los animales, tenemos al saltamontes. Este se desarrolla según dos tipos: solitario y gregario. Para que el saltamontes evolucione al adulto gregario (y se haga una langosta que luego va en mangas, o sea, que se asocia con sus congéneres, que tiene una capacidad social) tiene que ver a otro de su misma especie mientras esté en estado larvario. Si la larva ve a un saltamontes adulto o a un saltamontes igual a él en estado larvario, evoluciona hacia el tipo gregario. Aclaremos que no se produce este efecto si la percepción de un congénere llega por otra vía que no sea la vista; no sirve ni el oído, ni el olfato, ni el tacto; únicamente, si ve a otro de su especie. Si esa percepción no se produce, evoluciona hacia un tipo morfológicamente diferente, el tipo solitario. Es la identificación homeomórfica.

Algo similar ocurre con las palomas. Las palomas ovulan solamente ante la presencia de un individuo de su misma especie. No es necesario que sea un macho; si es otra hembra, también ovula; tarda un poco más, pero ovula; es más, tampoco es necesario que sea otra paloma; si ponen a una paloma delante de un espejo, finalmente también ovula. Tampoco sirve para las palomas que la presencia de un congénere le llegue por otra vía de los sentidos. Es la vista, el efecto visual el que desencadena determinados comportamientos instintivos o determinado tipo de evolución morfológica del individuo. Esto nos habla de que cierta función de la

imago no solo es propia del hombre, sino que también acontece en otras especies. ¿Qué es la imago? Con esta palabra, designa a la imagen que tiene capacidad formadora para el yo. Ese es el nuevo sentido que da Lacan al viejo término "imago".

Es a partir de reconocer la fecundidad del concepto de imago en biología que podemos hablar de lo Imaginario, tanto en el animal como en el hombre.

En el Seminario 1, Lacan (1998/1953) formula la hipótesis de la existencia de un primer narcisismo que está en relación a la imagen corporal y que implicaría la pertenencia de cada uno a su propia especie, sea animal o humano. Pero este primer narcisismo no ocurre del mismo modo en el hombre que en los animales. En estos permite una adecuación al medio, al mundo externo, y asegura la supervivencia y la perpetuación de la especie. En el mundo humano, lejos estamos de tener alguna de las dos cosas aseguradas. Estaríamos tentados de pensarlo a la inversa; nada parece estar hecho como para garantizar ninguna de ellas: a pesar de todos los medios a nuestra disposición, costosamente sobrevivimos y nos perpetuamos.

En el hombre, por lo tanto, la reflexión de su imagen en el espejo tiene distintas consecuencias. Introduce la relación con el otro. Aquí habla Lacan (2002/1949) de un segundo narcisismo.

Quisiéramos ahora explicar la afirmación de que "El Estadio del Espejo es la matriz simbólica en la que el yo se precipita en una forma primordial" (Lacan, 1992/1949, p.87).

¿Qué es una matriz? Es una especie de molde; lo que no tiene forma, al ser echado en él, toma la forma de esa matriz, coagula, algo se solidifica. Eso es el Estadio del Espejo, una matriz de la cual el yo toma la forma, coagula.

El Estadio del Espejo se da en un espacio determinado por ciertas leyes que lo rigen: en primer lugar, el espejo plano divide el espacio en dos espacios homogéneos, el espacio real y el espacio virtual; en segundo lugar, a cada punto de uno de los dos espacios le corresponde uno y solo uno en el otro, hay entre ellos correspondencia biunívoca; y, por último, la distancia de cada uno de los dos puntos correspondientes en cada espacio, es simétrica con respecto al plano. Esto (no) es, ni más ni menos, lo que podemos observar cuando vemos nuestra imagen en el espejo; si la imagen no respetara estas reglas, no sería posible verla nítidamente; esta es la capacidad que tienen los espejos planos de reflejar una imagen y generar la ilusión de que el espacio que está detrás tiene la misma profundidad que el espacio real que está frente a él. Las imágenes que se producen en el espacio virtual son imágenes virtuales. En el espacio virtual, se forma la imagen del otro con la cual se va a identificar el yo, y a partir de esa identificación se forma el yo como yo ideal.

La forma primordial en la que el yo se precipita es el yo ideal. El yo ideal freudiano es la primera forma en la que el yo se ve.

El bebé le atribuye compleción a la imagen, lo fascina esa perfección de la imagen del otro, que es la del ideal.

El hombre no vive su cuerpo desde el principio como una integridad, como algo unificado, sino que tiene vivencias de fragmentación que solo se unen desde el exterior y en una imagen. Estas sensaciones nos evocan lo que dice Freud (1992/1932) de los modos de fragmentarse el cristal: siguiendo las líneas de fractura, las líneas que se han ido armando, cerrando en este momento.

El hecho de que la imagen de sí la encuentre el sujeto fuera de sí, en otro (en otro espacio distinto del espacio real, en el espacio virtual), nos lleva a la relación con el conocimiento como paranoico, que es como se instaura en el Estadio del Espejo. La captura por la imagen funda la estructura paranoica del yo. El conocimiento de sí viene dado de afuera, y ese sello permanecerá en el conocimiento de aquí en más. Por ello, la proyección, de la que hablamos siempre que hablamos de paranoia –aunque en este último caso tome otra significación– pertenece al registro de lo dual especular y de lo imaginario; se trata del vínculo del yo con la imagen del otro. Lo cual, queremos aclarar, no implica el reverso de la introyección; esta es siempre simbólica; no se trata ahí de imágenes, sino de palabras, lo que se introyecta es la palabra del Otro –con mayúscula– (Lacan 1998/1953). En cambio, en la proyección está en juego siempre la imagen del otro.

La relación con los objetos va a depender también de la relación con el otro. Si dejamos jugar uno frente a otro a dos niños de esta edad, basta que uno de ellos elija un juguete para que el otro también lo quiera. Es condición, en este momento, para relacionarse con un objeto, que esa relación esté mediatizada por la imagen del otro. No hay objeto en que el niño se interese más que aquel que le muestra la imagen del otro. El deseo, como deseo del otro rige al deseo en el plano imaginario. El deseo como deseo del Otro (con mayúscula) en cambio, necesita de la estructura del lenguaje, está determinado por él y nos remite al deseo inconsciente. Aquí solo destacaremos la diferencia entre ambos; quedará para más adelante su especificación.

El deseo como deseo del otro no es ajeno al transitivismo propio de este momento: atribuirle a otro lo que al yo sucede; y, a la inversa, lo imaginario especular plantea esta posibilidad de reversibilidad. Si ven a otro llorar, lloran. Por suerte, con la risa pasa lo mismo, y en ello ve Freud (1992/1905) el efecto cómico por imitación. El yo es otro, y estas experiencias lo ponen de manifiesto. Por lo tanto, toda afirmación que sea del orden del *Yo soy...* revela su origen enajenante, porque *Yo soy...otro*. Identificación especular mediante, siempre conduce a otro. No está más loco el que dice *Yo soy Napoleón* sin serlo, que el que dice *Yo soy Napoleón*, y lo es. La locura está dada por el hecho de asumir absolutamente una identificación cualquiera, de creerse totalmente algo, en el sentido que aludimos habitualmente a la infatuación: *creérsela*. Cuanto más identificado a una imagen, más se es otro. La respuesta de los otros: *Este qué se ha creído, Este sí que se la creyó* nos remite a lo mismo: se cree otro.

Cuando Lacan (2002/1949) formula el Estadio del Espejo, dijimos, hace depender el deseo del sujeto del deseo del otro, en el sentido del otro especular. Cuando en este momento dice que el deseo es el deseo del otro (así con *o* minúscula) está diciendo que en el plano del registro imaginario siempre se desea en función de la imagen del otro: *i(a)*.

El deseo como deseo del otro nos introduce en la problemática de la rivalidad. La rivalidad desencadena conductas de agresividad, características de este estadio.

Con respecto a la agresividad, aparecen en el psicoanálisis formuladas cinco tesis, de las cuales destacaremos tres (Lacan, 1998/1948): en primer lugar, para que haya agresividad, y se desencadene, se tienen que dar dos elementos: la intencionalidad y la imagen de dislocación corporal. Siempre que hay en nosotros una conducta agresiva, surge la convicción de que es en respuesta a la agresividad del otro. Cuando hay agresividad en el yo, el yo la ve primero afuera, y como intencionalidad. La intención agresiva se presenta como viniendo del otro. Se atribuye al otro como intención. Además, esa intención agresiva tiene una eficacia que le es propia: roe, mina, disgrega. Eso se articula con la imago del cuerpo fragmentado que es la de este momento, y que aparece clínicamente como vivencia de desmembramiento, de división corporal, de extrañamiento, sobre todo en ciertos momentos del análisis.

La imago de dislocación corporal ha sido bien descrita en la proliferación fantasmática kleiniana. Es lo que hacen los chicos cuando despanzurran los muñecos, los abren, los destrozan, desmembran.

Otra de las tesis enuncia que la agresividad determina la técnica del análisis. El analista tiene que vérselas con las reacciones de oposición, denegación, ostentación, de mentira, que es lo propio del yo. Estas reacciones tienen que ver con la agresividad y ello determinará, en el plano de la técnica, la posición del analista: la abstinencia. Ella indica abstenerse de las intervenciones en el plano de las pasiones, sobre todo cuando se despliegan en el terreno de la transferencia. Cualquier manifestación transferencial, tanto en el plano amoroso como en el de la hostilidad, es transferencia imaginaria. Por ello, interpretar allí implica convalidar la dialéctica imaginaria, reafirmar el discurso del yo especular, que es engañoso en su prestancia. Con tal de alcanzar -o mantener- la imagen de sí que le resulte conforme, el yo es capaz de decir cualquier cosa, por eso es engañoso. Obviamente, ello tiene como consecuencia la imposibilidad de escuchar aquello que del deseo inconsciente se cuela siempre que hablamos, en lo que decimos. Allí se trataría del deseo como deseo del Otro.

Otra de las tesis sostiene que la agresividad es la tendencia correlativa del modo de identificación narcisista. En la reacción agresiva, suponemos la identificación narcisista con el otro. Como en el caso de la paranoia, lo que desencadena

las reacciones de agresividad, y que el sujeto manifiesta en intención agresiva hacia el mundo externo, es que este modo de identificación narcisista impregna toda la relación del paranoico con el mundo; por lo tanto, lo que le acontece se lo atribuye a los que lo rodean.

El modo de identificación narcisista es imaginario e involucra las pasiones. El yo es una organización pasional: tiene la curiosa pasión de imprimir su imagen a la realidad. Y cuando cree que la realidad coincide con su imagen, se enamora. No es necesario que coincida realmente, basta con que el yo lo crea. Se enamora cuando encuentra la imagen de sí en otro. En cambio, si halla demasiada discordancia entre ambas, se desencadenan las reacciones de agresividad. A veces, en el seno de la misma relación.

Lo que acabamos de afirmar nos lleva a la relación de lo Imaginario con lo Simbólico. Lo Simbólico regula lo Imaginario. El enamoramiento y la agresividad ponen a prueba (por no decir, descalabran) esa regulación. En ambos fenómenos prevalece la función de la imagen por sobre la palabra, o la palabra misma toma otra connotación, como sucede en la palabra amorosa o en la injuria (Lacan, 1998/1955).

Lacan (1998/1953) afirma que en el enamoramiento hay una verdadera subducción de lo Simbólico a lo Imaginario; por eso, lo mismo que para Freud (1992/1914), el enamorado está loco.

No hay relación imaginaria eficaz sin regulación simbólica. Pero esto último, como así también la necesidad de que Imaginario, Simbólico y Real estén siempre anudados, será tema de otra reflexión.

Bibliografía

- CAILLOIS, R. *El mito y el hombre*. Buenos Aires: Editorial Sur. 1939.
- FREUD, S. *El yo y el ello. Obras completas, tomo III*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1923). 1992.
- FREUD, S. *El chiste y su relación con lo inconsciente. Obras completas, tomo I*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1905). 1992.
- FREUD, S. *Introducción del narcisismo. Obras completas, tomo II*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1914). 1992.
- FREUD, S. *La escisión del yo en el proceso de defensa. Obras completas, tomo III*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1939). 1992.
- FREUD, S. *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis, conferencia n°31, Disección de la personalidad psíquica. Obras completas, tomo III*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1932). 1992.

- LACAN, J. *Acerca de la causalidad psíquica. Escritos, tomo I.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 2002.
- LACAN, J. *El Estadio del Espejo como formador de la función del yo tal como se revela en la experiencia psicoanalítica. Escritos, tomo I.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 2002.
- LACAN, J. *La agresividad en psicoanálisis. Escritos, tomo I.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 2002.
- LACAN, J. *La instancia de la letra en el inconsciente. Escritos, tomo I.* Buenos Aires: Siglo XXI. Editores. 2002.
- LACAN, J. *El Seminario Libro 1. Los escritos técnicos de Freud 1953-1954.* Buenos Aires. Paidós. 1998.
- LACAN, J. *El Seminario Libro 3. Las psicosis 1955-1956.* Buenos aires. Paidós. 1998.